

La importancia de respetar los tiempos

María Elena Merlo-Longhi

Licenciada en Odontología. Postgrado en Medicina Naturista. Universidad de Zaragoza

Presentado: 4/4/2014

Aceptado: 5/5/2014

RESUMEN

También conocida como "Impulsividad Motriz" de Wallon, desde el nacimiento hasta el primer año de vida se desarrollan las condiciones fisiológicas y sociales que permiten el acceso del lactante a la vida psíquica.

La movilidad espontánea se acrecienta en estados de tensión del lactante, sobre todo cuando se manifiesta la necesidad de alimento. Pone esto en evidencia la relación existente entre tono muscular, necesidad y afectividad.

Todos los bebés son valiosos, pero ellos solo pueden saberlo por el reflejo; por el modo en que son tratados.

Darle a nuestro bebé la oportunidad de desplegar su aprendizaje y desarrollo desde un acompañamiento amoroso de apoyo, sin interferir ni dirigir sus movimientos, redundará en un niño dueño de su propia determinación y con bases para convertirse en un adulto seguro y respetuoso.

Palabras Clave: desarrollo infantil, psicomotricidad, instituto Loczy, crianza continuum.

The importance of respecting the times

ABSTRACT

Also known as "Motor Impulsivity" of Wallon, from birth through the first year of life the physiological and social conditions that provide access to infant mental life develop.

Spontaneous mobility is enhanced in the infant stress states, especially when the need of food is manifested. This puts in evidence the relationship between muscle tone and emotional need.

All babies are valuable, but they can only know it by the reflection, the way they are treated.

Give our baby a chance to display their learning and development support from a loving support, without interfering with or directing their movements result in a child owns his own determination and with bases to become a safe and respectful adult.

Key Words: child development, psychomotor skill, Loczy institute, parenting continuum.

INTRODUCCIÓN

La necesidad de movimiento se plasma ya desde el vientre materno. La función muscular es el primer grado de expresión del embrión. Es ejercicio antes de que el embrión desarrolle respuestas a estímulos externos. Vive en un universo de sensaciones cutáneas, sonoras y propioceptivas (1).

El recién nacido no tiene **tono** para sostener su cuerpo y sus movimientos se limitan a reacciones impulsivas, sobre todo de los miembros. Hasta el segun-

do mes la motricidad permanece como era en el feto; de tipo subcortical, dominado por las necesidades orgánicas y ritmado por el ciclo hambre-sueño.

De la infinidad de posturas que desarrolla un bebé o niño en crecimiento, son la de estar sentado o caminar las que más expectativas generan en los padres. Suele apreciarse la competencia entre padres, directa o sutil, sobre quién lo logra más rápidamente... y cualquier retraso inquieta.

Cada pequeño movimiento realizado por propia decisión y con autonomía es esencial en su desplie-

que motor. Le prepara para nuevos movimientos, más evolucionados y perfeccionados con la práctica, que influyen favorablemente en su desarrollo intelectual, psíquico y estado emocional (2).

Desde el nacimiento, el desarrollo infantil está marcado por la motricidad. Aun antes de adquirir el lenguaje, sus gestos, mirada, posturas o maneras de posicionarse en el espacio son manifestaciones psicológicas que nos permiten conocerlo y comprender el mejor modo de acompañar su evolución (3).

Es necesario darle un entorno adaptado a sus necesidades funcionales, según cada etapa. De este modo, la maduración motora, junto con la orgánica y nerviosa, irán evolucionando de forma espontánea, para un desenvolvimiento autónomo (2).

La ayuda que provea el adulto será indirecta, no intervencionista. La presencia cercana y la mirada atenta son la mejor ayuda.

Esta ayuda del adulto consistirá en proveer las condiciones para el desenvolvimiento, autónomo y sin peligros, del desarrollo del niño. Estas condiciones son:

- Espacio suficiente: para poder realizar sus movimientos de volteo, reptación o exploración necesita un espacio mínimo sin encontrarse con límites que dificulten su práctica. El suelo debe ser firme pero cálido y los muebles lo suficientemente seguros para que, cuando intente ponerse en pie aferrándose a ellos, no se desplacen o caigan sobre él. Al inicio de sus desplazamientos se habla de un espacio de 2 x 2 metros, aumentando a medida que progresa en su evolución.

- Ropa adecuada: la mínima posible, teniendo en cuenta el clima imperante. Si lleva ropa, debe ser cómoda y funcional, lo que significa que no interferirá en ninguno de sus movimientos, sobre todo en las articulaciones de brazos y rodillas. Es importante que no lleve calzado, ya que la sensibilidad de sus pies es de ayuda valiosa en muchas posturas o volteos. Si ha de llevarlos, que sean finos, livianos y elásticos para no impedir su movilidad, y solo por motivos de abrigo.

- Plena libertad de movimientos: este punto es crucial para un óptimo desarrollo. La mirada atenta y amorosa del adulto debe estar siempre presente, pero desde la observación y la ayuda. En aquellos casos en que al aprender nuevos movimientos no consiga avanzar ni regresar a la postura anterior, amorosamente volveremos al bebé a una posición ya conocida por él desde donde pueda volver a intentarlo; o si se atrapa

una mano, pie o se le engancha la ropa. Esta ayuda, además, debe prodigarse con amor y paciencia, evitando manipularle o meterle prisa en el desarrollo de sus funciones.

La ayuda del adulto irá diversificándose según la naturaleza de las diferentes funciones. Así, en actividades más complejas que surgen a mayor edad, la ayuda será más directa, pero siempre teniendo en cuenta las posibilidades de cada edad y como una manera de estimular su actividad autónoma, no como una directriz o adiestramiento.

La ley céfalo-caudal y próximo-distal de maduración significa que la dirección de progresos es desde la cabeza hacia los pies y desde dentro hacia afuera (4).

Al poco de nacer será la cabeza la que primero desarrolle movimientos, hacia un lado y a otro, mientras las extremidades están quietas. A medida que vaya madurando, serán estas las que desplieguen actividad mientras la cabeza permanecerá más estable (5).

La posición habitual de descanso, desde donde inicia el bebé sus prácticas de movimiento, es la de decúbito supino, acostado sobre su espalda. Si intentamos que esta sea el decúbito ventral, veremos que los movimientos de su cabeza se restringen notablemente, pudiendo alzarla en algún momento pero no le es posible mantenerla.

Desde el decúbito supino, cuando ya posee dominio del balanceo de sus caderas, se producirá la postura de costado. En esta tienen intervención los dedos de los pies, sirviendo de apoyo al menos para lograr el impulso para girar. Desde aquí el movimiento siguiente es el de volteo, pasar a decúbito prono, donde irá ejercitando el gesto de levantar la cabeza. Dominadas ambas posiciones, el rodar será un medio de desplazamiento adquirido. Vemos entonces que la marcha no es el comienzo de sus desplazamientos autónomos.

La posición ventral, boca abajo, es ideal como gimnasia preparatoria para la sedestación, el gateo y la marcha, ya que refuerza los músculos del cuello, los espinales y los del tronco.

La evolución entre estar tumbado de espaldas y poder ponerse en pie y andar por propia iniciativa lleva multitud de pasos intermedios: rodar, reptar, gatear, cada uno con infinitos movimientos de reconocimiento de la acción, hasta que el conjunto actúa coordinadamente y el bebé obtiene la posición nueva deseada. Esta coordinación no se observa cuando los adultos conducimos al niño a adoptar cierta posición,

con nuestra ayuda o de algún instrumento. En estos casos aparece tensión, rigidez, que pueden resultar perjudiciales para su desarrollo armónico. Al colocarle en posturas no aprendidas por sí mismo, se restringen notablemente sus posibilidades.

Las posturas voluntarias conllevan un gran esfuerzo, y las realiza cuando se siente preparado para ello; están mejor estructuradas que aquellas que enseñamos, sin saber si está listo para mantenerla o no. Los perjuicios de las posturas impuestas van más allá de su desarrollo psicomotriz; son negativas para el desarrollo psíquico y de la personalidad. No pone en ejercicio su iniciativa ni la percepción de su propia eficiencia. Cada movimiento impuesto y repetido le es previsto por un adulto. Así no siente la necesidad de aprenderlo.

Que los niños logren sentarse o ponerse en pie, no implica como condición previa la ayuda de un adulto que le facilite esta acción. En condiciones favorables el niño puede desarrollar por sí mismo, desde su propia iniciativa, movimientos de buena calidad, bien equilibrados. Estos son cada vez más activamente elaborados, con numerosos estadios intermedios de práctica en destreza, coordinación y equilibrio. Intenta solo aquellos movimientos en los que va adquiriendo seguridad.

Finalmente, los movimientos adquiridos son armoniosos y muestran una gran flexibilidad, buena coordinación, seguridad y equilibrio. Aprenden a reaccionar a los accidentes inesperados, ante las caídas que acompañan los juegos. Los movimientos antiguos no desaparecen, se integran a los nuevos.

Otorgar al niño libertad de movimientos, sin intervención adulta, no significa en absoluto mostrar indiferencia. Al contrario, necesita que el adulto se ocupe intensamente de él. Además de satisfacer sus necesidades físicas, su buen desarrollo dependerá de crear relaciones humanas adecuadas, satisfacer su curiosidad mediante respuestas y explicaciones, facilitar su introducción a la comunidad. Todo esto es una tarea en extremo compleja.

La presencia materna será para el niño el elemento que le dé seguridad y que le incite a prolongar su experiencia en el mundo que le rodea. El único parámetro del que dispone para valorar la adecuación entre la meta y su esfuerzo motriz es el resultado que este provoca en su madre. De ahí la importancia que

tiene para el niño las reacciones del adulto frente a sus propias actividades.

Según afirmaba Wallon, *el lenguaje ha sido precedido por medios de comunicación más primitivos. La base de estos medios está en la expresión emocional.*

El niño dueño de una motricidad libre está más atento y confiado, más independiente, tranquilo, relajado. Trata de hallar por propia iniciativa una solución. Tiene juegos más variados porque busca los juguetes por sí mismo, adopta posturas escogidas que domina.

El tiempo de un niño con motricidad libre está lleno de movimientos ejercitantes: rodar, reptar, gatear, descubrir cómo alcanzar un juguete o llegar a un sitio deseado. Los niños con movimientos "enseñados" pasan gran parte del día esperando a que les cambien de postura, les alcancen un juguete, les lleven de la mano...

¿POR QUÉ LAS MADRES, INSTINTIVAMENTE O POR CONSEJO, COLOCAMOS A NUESTROS HIJOS EN POSICIÓN ANTES DE QUE PUEDAN EJECUTARLA POR ELLOS MISMOS?

13

"Por la costumbre, el hábito... y lo que es habitual, acaba por ser natural". Así nos lo han enseñado nuestras madres, tías o abuelas, e incluso en la consulta pediátrica existen tiempos o edades pautadas para la realización de posturas como el sentarse, gatear o la marcha.

No es, pues, nuestro instinto quien determina qué movimientos le corresponde realizar al niño, sino su propia iniciativa y fase de maduración. A nosotros, como adultos amorosos y acompañantes, solamente nos queda la inmensa tarea de darle todas las condiciones necesarias para que realice su aprendizaje y evolución en un medio favorable, cargado de alegría y seguridad.

Aquello con lo que el bebé se encuentre sentirá que la vida es (6).

BIBLIOGRAFÍA

1. Jean Le Boulch. El desarrollo motor desde el nacimiento hasta los 6 años. Consecuencias educativas. Ed. Paidós, 1995.
2. Emi Pikler. Moverse en libertad. Desarrollo de la motricidad global. Ed. Narcea, 1985.
3. Merce Bonastre, Susana Fusté. Psicomotricidad y vida cotidiana. Colección biblioteca infantil. Ed. GRAO, 2010.

4. Isabel Gentil García. Podología preventiva: niños descalzos igual a niños más inteligentes. Revista internacional de ciencias podológicas. Vol. 1, 2007, 27-34.
5. Mira Stambak. Tono y psicomotricidad. El desarrollo motor de la primera infancia. Ed. Barcelona: Pablo del Río, 1985.
6. Jean Liedloff. El concepto del continuum. En busca del bienestar perdido. Ed. Ob stare, 2010.